

---

## LECCION NOVENA.

14 DE FEBRERO DE 1837.

---

### DE LA SOBERANÍA DE LA INTELIGENCIA CONFIRMADA

POR LA AUTORIDAD DE LOS FILÓSOFOS.

---

SEÑORES:

TRES son las fuentes de la certidumbre para el hombre : la razon , la autoridad y la historia. Cuando la razon afirma lo que niega la historia y lo que la autoridad condena , ó cuando niega la razon lo que la historia atestigua y la autoridad depone , hay incertidumbre , hay perplejidad , hay duda en la conviccion humana. Pero cuando la razon , la autoridad y la historia confunden sus testimonios en favor de un principio ; cuando este principio es el resultado lógico de su maravillosa identidad , de su completa armonía , entonces ese principio sale de la esfera de las verdades contingentes , y pasa á la esfera de las verdades absolutas ; sale de la region de los principios problemáticos , y se eleva á la region de los principios eternos : entonces,



en fin, el entendimiento humano se reposa en él como en algo de fijo y de constante, porque reconoce en él el sello de la evidencia.

Por eso, queriendo yo elevar el dogma de la soberanía de la inteligencia á la clase de un hecho universal y de un dogma absoluto, he invocado en las lecciones anteriores el testimonio de la teoría y el testimonio de los hechos, el testimonio del mundo de las concepciones y el testimonio del mundo de las realidades, el testimonio de la razon y el testimonio de la historia. Hoy me propongo demostraros que la autoridad ha sancionado como evidente el dogma que proclama como cierto la razon, y que la historia ha escrito tambien en sus anales. Invocaré primero el genio filosófico de la antigüedad, y despues el genio filosófico de la Europa de nuestros dias.

El genio filosófico, entre todos los pueblos antiguos, se localizó en el pueblo griego. El del pueblo griego se localizó en Atenas; y la filosofía brillante de Atenas se refugió principalmente en el seno de Platon, reverbero de sus mas sublimes resplandores.

Estudiemos su misticismo ideal: para Platon la ley del universo y de todos los seres es una constante armonía. En primer término del cuadro, y en la mas alta de todas las esferas, brilla con un resplandor inextinguible el mundo de la unidad absoluta, el mundo de la inteligencia, el tabernáculo de Dios. De su seno increado, como de un manantial fecundo, se desprende en creaciones sucesivas y armónicas el mundo de las ideas y el mundo de las realidades: el primero, purísimo y resplandeciente, porque es el reflejo inmediato de la inteligencia divina; el segundo, pálido y descolorido, en donde solo existen ejemplares degenerados de aquellos tipos eternos, porque las sombras los empañan, la noche los cubre y las tinieblas los envuelven. Así, señores, Platon reconoció la soberanía de la razon absoluta como principio vivificante y fecundo; puesto que todo lo que brilla, la refleja; puesto que todo lo que vive, nace de su seno; puesto que fuera de su lado no hay luz; puesto que las sombras nacen, cuando su fulgor se extingue; puesto que fuera de ella no hay nada, ó si algo existe, es la noche, y si algo reina, es el caos.

En una de mis lecciones anteriores, consagrada á analizar el dogma político de Platon, manifesté que esta trinidad armónica, que para él era la ley de todos los mundos creados, le sirvió de tipo y de modelo para explicar al hombre y el organismo interior de las sociedades humanas: en el primero, Platon no vé sino la inteligencia que manda, el valor que la obedece, y las pasiones que la sirven: en las segundas, confiere exclusivamente el derecho de mandar á los filósofos, es decir, á los mejores, á los mas inteligentes; impone á los guerreros la obligacion de la obediencia, y sujeta al pueblo al yugo de la servidumbre. Obligado Sócrates á explicarse claramente sobre esta desigualdad monstruosa entre los habitantes de una misma ciudad y los ciudadanos de una misma república, dice, que aunque todos los hombres son hermanos, Dios no les ha repartido con una mano igualmente pródiga sus dones, sino que antes bien prefiriendo á los destinados á gobernar, ha mezclado algunos hilos de oro en la brillante trama de su vida, mientras que solo ha mezclado algunos hilos de plata en la de los guerreros, y otros metales mas viles, como el hierro y el bronce, en la de los labradores y en la de los artesanos.

Ya veis, señores, que la idea fundamental de Platon; la idea dominante en su sistema político y filosófico; la idea que en su vuelo sublime elevaba á ley de los mundos y de las sociedades, á ley, en fin, de la creacion, era la del dominio legítimo de la razon absoluta y de la inteligencia del hombre, dominio tan exclusivo para él, que, una vez reducido á práctica, debia convertirse en una monstruosa tiranía.

Mientras que de los lábios inspirados de Platon descendian hasta el seno de sus discípulos absortos aquellas mágicas palabras que eran el encanto de los griegos, y que habian de ser un texto sagrado para las generaciones futuras, entraba por la puerta de la ciudad un jóven extranjero, súbdito del rey de Macedonia, y que, ambicioso de sabiduría, queria aprender el secreto de la naturaleza, el secreto de la divinidad y el secreto del hombre, de la boca del discípulo de Sócrates, y del discípulo de Homero: todos habeis adivinado ya sin duda, señores, que hablo de Aristóteles, hijo de



Nicomaco : de Aristóteles, que debia aprender en la Academia para enseñar despues en el Liceo : de Aristóteles, que debia ser discípulo de Platon para ser mas adelante el rival de su fama y de su gloria : de Aristóteles, en fin, astro resplandeciente, que debia vivificar á las sociedades con su lumbré, adorado igualmente por dos razas enemigas, por dos religiones contrarias y por dos mundos rivales; por los árabes y por los europeos, por el Oriente y por el Occidente, por los adoradores de Jesus y por los sectarios de Mahoma.

Cuando la humanidad se encontró en posesion de estos dos hombres, se encontró en posesion de las ciencias de las cosas : ellos trazaron al entendimiento humano un límite que el entendimiento humano no ha traspasado aun; un límite que no han podido salvar ni las revoluciones en sus estremecimientos, ni los siglos en su carrera. Platon es un filósofo : Aristóteles es un filósofo : pero Aristóteles y Platon son la filosofia. Ellos se completaron combatiéndose; porque es ley del mundo moral que la verdad absoluta sea el resultado de las verdades incompletas, y que los principios armónicos salgan del seno de los principios divergentes.

Dos son los únicos métodos que conducen al hombre al descubrimiento de todas las verdades : el de la induccion y el de la observacion : el sintético y el analítico : el primero condujo á Platon á su misticismo ideal; el segundo condujo á Aristóteles á su idealismo realista. Platon, indiferente á las tempestades de la sociedad, y refugiándose en el mundo de sus ideas, contemplaba desde su elevacion las esencias de las cosas, y miraba pasar desde su altura el torbellino de las pasiones humanas : atento solo á la celeste armonía de los globos que llenaban el espacio, las convulsiones del mundo se estrellaban á sus pies sin ocupar su inteligencia : él pensaba sin duda que el filósofo no debia ser arrastrado por su torrente, y que solo debia ejercitarse en la contemplacion de las verdades eternas, viendo pasar la vida como un sueño, y el mundo como un fantasma.

Aristóteles al contrario, colocado en medio de la naturaleza, la estudia en su magnífica variedad, la observa en todos sus fenóme-

nos, la arranca sus secretos, y se los revela á las generaciones futuras : colocado en medio de las sociedades, las sigue atento en todas sus trasformaciones; las estudia en su estado febril y en su estado de reposo; analiza cuidadosamente las causas de su progreso y las causas de su decadencia; las vé en el crepúsculo de su aurora, en el zénit de su carrera, y en la noche de su sepulcro; y salvando el espacio y abarcando el tiempo, hace comparecer delante de sí á las sociedades que nacen, á las sociedades que progresan y á las sociedades que se extinguen. Platon desdeña el estudio fenomenal de la naturaleza y de las sociedades humanas: perdido en las sublimes regiones de la luz increada y de las ideas esenciales, domina con las leyes de su entendimiento á las leyes de la creacion, impone su personalidad al mundo, le abarca con su síntesis, y le encadena con sus fórmulas. Aristóteles rompe el simbolismo oscuro de su inaccesible metafísica, penetra en la region de las sombras, descorre el veló misterioso que habia arrojado Platon entre la verdad y el hombre, desvela los fastos; y procediendo á la conquista de la verdad por medio de lentas observaciones, y elevándose á la síntesis por medio de la análisis, afirma sobre una base indestructible á las ciencias.

Pues bien, señores, entre estos dos grandes genios de la antigüedad, nacidos para ser los representantes de los dos únicos sistemas que luchan por la dominacion del mundo; entre estos dos hombres representantes del *antagonismo* que es la ley de la humanidad entera; entre estos dos filósofos que fueron la expresion viviente de los dos principios, que son los polos eternos de toda filosofia; entre Platon, en fin, que constituye las sociedades *á priori*, y Aristóteles que no se atreve á formular su organismo sino despues de haber comparado entre sí ciento cincuenta y ocho constituciones de los diferentes estados de la Grecia y de la Italia, hubo sin embargo un vínculo comun, un principio que los dos atacaron, y que los dos defendieron; el principio de la soberanía de la inteligencia. Aristóteles, como Platon, creia que el gobierno de las sociedades humanas debe confiarse á los mejores, á los mas inteligentes; y como Platon, tambien miraba desdeñoso aquella democracia ligera,



á un tiempo petulante y borrascosa, que embriagada con inciensos, dictaba leyes en medio de su embriaguez y en medio de sus estrepitosas bacanales. Su opinion sobre la democracia y Atenas está consignada en estas palabras que han llegado hasta nosotros.—Los atenienses han sido los primeros que han sembrado el trigo y los inventores de las leyes: usan muy bien del primero, pero muy mal de las segundas.—Esta sentencia de incapacidad lanzada contra la democracia por la filosofía, no ha sido revocada por la historia: veamos si ha sido confirmada por los filósofos de la Europa moderna.

Siéndome imposible analizar en el breve espacio de una lección sus doctrinas, y siéndome mas imposible aun considerarlas históricamente siguiéndolas en su lento desarrollo, me propongo dar unidad á todas las escuelas filosóficas, encerrándolas en una fórmula que las comprenda y las abarque: esta fórmula es la siguiente:

Dios, la naturaleza física, y el hombre, son los tres únicos seres á quienes los filósofos pueden negar ó conceder en sus sistemas la supremacía universal y la omnimoda dominación del mundo; de donde se han originado en el campo de la filosofía tres encontradas escuelas: la que proclama la soberanía exclusiva de Dios; la que proclama la soberanía absoluta de la naturaleza; y la que proclama la soberanía absoluta del hombre: el dogma filosófico de la primera es el idealismo divino; el de la segunda el materialismo; el de la tercera el idealismo humano.

Señores, no hay mas que estas tres grandes escuelas posibles: pero si no hay mas que estas tres grandes escuelas posibles, cada una de ellas se subdivide en grupos pequeños y rivales, que adoptando en su generalidad un dogma comun, disputan sin embargo encarnizadamente sobre sus mas remotas consecuencias. Así, todos los que profesan el dogma del idealismo divino, proclaman la soberanía exclusiva de Dios: ved ahí lo que constituye su unidad: pero unos consideran á Dios como una sustancia inmóvil y absorbente: otros le consideran como causa universal, activa y vivificante: ved ahí lo que constituye su diferencia. Los últimos se llaman teístas: los primeros panteístas, y están representados por Espinosa.

Si la escuela teísta y la escuela panteísta reconocen un dogma comun que constituye su unidad, reconocen tambien un método comun, como el único que puede conducirlos al descubrimiento de todas las verdades: ese método consiste en el ejercicio de la razón humana: ahora bien: entre los filósofos que profesan el dogma de la soberanía exclusiva de Dios y que consideran á Dios como causa activa y vivificante del mundo, hay algunos que negando la competencia de la razón humana para enseñarnos lo que debemos adoptar como cierto y lo que debemos rechazar como absurdo, apelan como al criterio de todas las verdades, á la revelación divina, é inclinan su frente ante la Iglesia, que como única depositaria de las verdades reveladas, es para ellos la única depositaria de todas las verdades posibles: ved ahí una nueva variante del idealismo divino: los que la profesan, forman la que se ha llamado en nuestros dias la escuela católica.

Si sujetamos á un riguroso análisis la escuela que profesa el dogma del idealismo humano, y que destronando á Dios y á la naturaleza, hace del hombre el rey del universo y el centro de la creación, observaremos que obedeciendo tambien á la ley fatal que domina todas las escuelas filosóficas, se subdivide en dos escuelas rivales, que profesando un dogma comun, siguen distintos rumbos, y que siguiéndolos, llegan á convertir la unidad de su origen en un dualismo divergente, compuesto de dos principios encontrados. Así, mientras que Descartes dice:—«Pienso, luego existo.»—Fichte dice:—«Quiero, luego soy.»—Es decir, que el primero localiza el idealismo humano en la inteligencia, y el segundo en la voluntad.

Solo la escuela que profesa el dogma del materialismo es una, indivisible é inmutable, como es inmutable, indivisible y una la verdad, y como es uno, inmutable é indivisible el absurdo. Así, señores, el Océano de las opiniones humanas rueda sus ondas volubles entre dos polos eternos, entre dos abismos inmóviles: entre Dios, y los materialistas: entre el símbolo de todas las verdades, y la personificación de todos los errores. Si he honrado al materialismo dándole el nombre de escuela filosófica, mi ánimo no ha sido honrarle



con esta denominacion, ni profanar con ella el nombre de la filosofía; ha sido solo rendir un homenaje á la costumbre.

Formuladas ya todas las grandes escuelas filosóficas, solo me resta examinarlas en el espacio y en el tiempo: pero siéndome imposible proceder á este exámen histórico, las consideraré en el estado en que se ofrecen á nuestros ojos en el siglo XIX, puesto que por fortuna en todos los siglos coexisten, y elegiré como teatro de mis observaciones la Francia, puesto que, como veremos mas adelante, se han localizado todas en esa nacion vecina. Pero antes me permitireis que diga dos palabras sobre la Francia del siglo XVIII.

Si el siglo XVII habia sido para la Francia el siglo de los poetas, el siglo de las victorias y el siglo de las liviandades, el siglo XVIII fué para ella el siglo de los filósofos y el siglo de las revoluciones: si aquel fué el siglo de Racine, éste fué el siglo de Rousseau: si aquel fué el siglo de Luis XIV, este fué el siglo del pueblo: este, en fin, fué el siglo de los demagogos, si aquel fué el siglo de los privados. Si en el siglo XVII la Francia se puso en contacto con el mundo por medio de sus victorias, en el siglo XVIII el mundo se puso en contacto con la Francia, inoculándola el germen de una literatura y de una filosofía que no habia nacido en su suelo. Y así debia ser, señores: todos los pueblos debian enriquecer con su inteligencia la inteligencia de la Francia, si la Francia habia de realizar una revolucion en nombre de todos los pueblos. La Francia del siglo XVII se explica por sí misma; la Francia del siglo XVIII no puede explicarse sino por la Inglaterra.

Con efecto, señores: destruid con la imaginacion la constitucion inglesa: Montesquieu es todavía un hombre grande, pero es un hombre incompleto: suprimid el nombre de Locke en los anales de la filosofía: Condillac no existe: el contrato social no existe: el Emilio no existe: y Rousseau queda despojado de los mas bellos florones de su espléndida corona. Suprimid á Bolingbroke: Voltaire, que ni podia ser cristiano ni podia ser ateo, no hubiera sido tampoco deista. Formulemos ya el caracter del siglo XVIII, tal como resultó del contacto de la Francia con la Inglaterra.

Tres dogmas le constituyen: un dogma filosófico, un dogma

religioso, y un dogma político: el dogma del materialismo, el dogma del deismo, y el dogma de la soberanía del pueblo. Cuatro heraldos lo anuncian: Voltaire, Condillac, Diderot y Rousseau: el filósofo, el catedrático, el hierofanta, y el profeta. Cuando el materialismo se inoculó en la filosofía, y el deismo se inoculó en el pueblo, la religion y la inteligencia velaron sus frentes, y dejaron pasar á la revolucion, ese sangriento comentario de esas anárquicas doctrinas.

Con este motivo me permitireis que haga aquí una observacion importante. Cuando el virus materialista, salvando el Adriático, se inoculó en las venas de Roma, esa amazona de las naciones se sintió desfallecer en medio de sus triunfos, se vió acometida de un vértigo en medio de su carrera, y decrépita ya aunque jóven, tuvo que confiar su destino á la merced de los Césares, que como á una pupila demente la ciñeron una argolla. Cuando ese mismo virus discurrió por las venas de la Francia, el edificio social se estremeció en sus cimientos, y una tribu de bárbaros convirtió el festín de la civilizacion en una orgía nefanda. Así, la presencia del materialismo es siempre un sintoma de muerte. Mensajero de una divinidad terrible, él no salva los mares, y no aparece en las naciones sino para reclamar sus víctimas.

Sin embargo, señores, no todos los que están reputados por materialistas, lo son en realidad: Locke, que pasa generalmente como gefe de la escuela, no lo fué nunca; puesto que distinguiendo la reflexion de las sensaciones y haciéndola entrar como elemento necesario en la formacion de las ideas, reconoció el principio de la actividad del alma: sin embargo, fuerza es confesar que dando una importancia desmedida á las sensaciones, no apreció debidamente el valor intrínseco del principio espiritualista, y que por su falta de estudios psicológicos puede ser acusado con razon de tendencia al materialismo. Esta tendencia es mas visible aun en Condillac, que desconociendo completamente las leyes del entendimiento, sino se atrevió á convertir las ideas en sensaciones puras, dijo por lo menos que una idea era siempre una sensacion trasformada. El materialismo en toda su fealdad y en toda su desnudez solo



apareció en los escritos de Holbach y de Helvecio, hombres comunes, y escritores vulgares y olvidados, que en un momento de vértigo se presumieron iniciados en los misterios de las ciencias, porque algunos de los mas célebres filósofos de aquel siglo se habian dignado honrar con su presencia sus banquetes, y porque, para solazarse sin duda, habian conversado con ellos alguna vez sobre el estudio de las letras y de la filosofía.

La revolucion vino á sorprender á la Francia en medio de las orgías de un estúpido materialismo: mientras que los sangrientos demagogos acometieron la obra de convertir las plazas públicas en cementerios y las ciudades en osarios, los materialistas prácticos, con sus acciones, hicieron inútil la predicacion y la enseñanza de los materialistas teóricos, que se condenaron al silencio en medio de los clamores de las víctimas y de la algazara báquica de los verdugos. Pero apenas cesaron esta horrible algazara y aquellos lúgubres clamores, y cuando la Convencion no se habia desprendido aun de su sangrienta dictadura, los filósofos materialistas volvieron á ocupar la cátedra para apoderarse otra vez del cetro de esa misma sociedad que ellos habian desgarrado. Garat, Tracy, Cabanis, Degerando, Maine de Biran, La Romiguière, Gall y Volney fueron los que mantuvieron el pabellon de la escuela: pero esa escuela, que aparecia entre el sepulcro de la república y la cuna del imperio, era un monstruoso anacronismo; su mision habia sido destruir; su mision, pues, estaba ya cumplida.

Por eso, aunque al principio no encontró adversarios que combatiéran su dogma, el gérmen de disolucion y de muerte se desarrolló en su seno. Degerando, Maine de Biran y La Romiguière desertaron de las filas del materialismo: y aun el nombre de Cabanis no puede leerse siempre en su bandera.

Llegada á su periodo de disolucion, puede decirse que dejó de existir, cuando aparecieron en la Francia otras escuelas filosóficas que invadiendo su propio terreno, se engrosaron con sus desertores; siendo en el dia tan lamentable su estado y tan perdida su causa, que entre los escritores de alguna nombradía solo Broussais lo defiende como su único representante. Puesto que la losa del sepul-

cro la cubre, dejémosla en él, señores, y hablemos de las escuelas que se han vestido sus despojos.

La primera por el tiempo en que apareció, y á mis ojos también por su importancia, es la escuela conocida con el nombre de ecléctica por los filósofos, y con el nombre de doctrinaria por los políticos. Averiguémos su origen, y examinemos su doctrina.

Cuando la revolucion, que en la asamblea constituyente levanta su bandera y escribe su dogma, que en la legislativa se ajusta las armas para combatir, que en la Convencion combate y vence, fué á perderse en el imperio y á refugiarse en la espada de un soldado, abandonó su obra de destruccion, y comenzó la de reorganizacion de la Francia estremecida. Esta reorganizacion no podia realizarse ni en nombre del derecho divino, que habia perecido ya, ni en nombre de la soberanía del pueblo, que habia convertido á la Francia en un lago de sangre: no podia realizarse tampoco en nombre del materialismo que seca los corazones y conmueve las sociedades, ni en nombre de un espiritualismo inflexible, que provoca siempre catástrofes sangrientas y espantosas convulsiones. La Francia, pues, necesitaba de un nuevo dogma político que dominase la sociedad, y de un nuevo dogma filosófico que dominase la inteligencia. Pero para encontrar el nuevo dogma necesitaba primero sacudir el yugo de las antiguas doctrinas, y para sacudirle solo necesitaba que la iluminase la luz del buen sentido, que los principios reaccionarios habian arrancado de su seno.

La escuela escocesa, poco fecunda porque es poco atrevida, pero cuya prudente timidez la ha librado de los escollos de un dogmatismo fanático, inoculó el gérmen del buen sentido en Royer-Collard que comenzó á enseñar en 1811 y se le trasmitió á la Francia. Preparada entonces ya para buscar el nuevo dogma que habia de constituir la, quiso estudiar y conocer los sistemas filosóficos de allende el Rhin, y dirigió sus miradas hácia esa tierra que, aunque antigua como los siglos, es siempre una tierra de creacion, porque no ha dejado de ser fecunda todavía.

En un breve espacio de tiempo la Alemania habia producido á Leibnitz, á Lessing, á Kant, á Fichte, á Schelling y á Hegel: y la